

JESUITAS, FRANCISCANOS Y DOMINICOS.  
LA FRONTERA LITORAL DE LAS CALIFORNIAS  
EN EL SIGLO XVIII<sup>1</sup>

Ana RUIZ GUTIÉRREZ y Miguel Ángel SORROCHE CUERVA  
*Universidad de Granada*

## INTRODUCCIÓN

El descubrimiento del Pacífico por Vasco Núñez de Balboa en 1513 vino a confirmar la idea de que las tierras a las que se había llegado a finales del siglo XV no eran las de las Indias Orientales. Se alteraba con ello el rumbo de los acontecimientos, al marcar el camino hacia una verdadera conciencia de la realidad tanto física como humana a la que se enfrentaban los contingentes enviados por la Corona española a estos nuevos territorios.

El gran frente que se incorporaba a la nueva realidad que estaba siendo explorada, en nada tenía que ver con el contexto Atlántico. La ribera oriental

1 Citar como: RUIZ GUTIÉRREZ, Ana; SORROCHE CUERVA, Miguel Ángel. «Jesuitas, dominicos y franciscanos. La frontera litoral de las Californias en el siglo XVIII». En: MONTOYA RAMÍREZ, María Isabel; SORROCHE CUERVA, Miguel Ángel (eds.). *Espacios de tránsito. Procesos culturales entre el Atlántico y el Pacífico*. Granada: Editorial Universitaria, 2014, págs. 133-154 [<http://hdl.handle.net/10481/35091>]

del Pacífico se abría inexorablemente para controlar un extenso océano que desde hacía más de 1500 años había entrado tímidamente en la órbita del subconsciente occidental a través de las noticias que desde la Antigüedad habían aportado historiadores, confirmado expediciones greco-romanas al Extremo Oriente y que se habían quedado en el contexto índico. Solo el tiempo cerraría el círculo.

El control de la costa pacífica de Nueva España pasaba por su exploración y posterior conquista, bajo excusas económicas y religiosas. Ello requirió de unos mecanismos que lo hicieran efectivo, siendo básica la experiencia acumulada desde los primeros años en las islas atlánticas y en todo el proceso de ocupación de las tierras continentales del nuevo mundo. Para ello se enfrentaron a lo desconocido y desde la década de los treinta del siglo XVI se efectúan las iniciativas de ocupación más decididas, pero la dificultad de la empresa y las pocas expectativas económicas hicieron que se divagara en la misma hasta bien entrado el siglo XVIII.

En toda esa extensión Las Californias se posicionaron como un territorio estratégico. Básicas para el arribo de los barcos que comenzaron a cruzar el Pacífico desde 1565, esta circunstancia fue rápidamente advertida por potencias europeas competidoras de la Corona española. Su lejanía de los centros de decisión hizo que inicialmente no se reparara en su control permanente y se dejara al impulso de los interesados la iniciativa de dicha empresa. No será hasta el Setecientos cuando se decida una ocupación clara y estable de estos territorios, que desde mediados del siglo XVII habían sido objeto de atención por parte de misioneros jesuitas. Estos pusieron la base de su poblamiento, en el que participaron dominicos y franciscanos, en una suerte de proyecto que buscó crear un territorio perfectamente articulado a partir de los elementos religiosos, militares y civiles que lo conformaron.

## **LAS CALIFORNIAS**

La entrada de Cortés en México-Tenochtitlan en 1519 y la definitiva caída de la ciudad en 1521, más que el final de una campaña se convirtió en un proceso que vino marcado por las noticias que llegaban desde ese frente pacífico que se abrió en 1513. El propio impulso que dio el extremeño a las expediciones hacia las costas del Mar del Sur, donde hizo localizar astilleros para la construcción de embarcaciones en una iniciativa apoyada por la Coro-

na como avanzadilla para localizar los restos de anteriores salidas, demuestra un interés inusitado que se plasmaría a partir de la década de los años 30 en las expediciones que él mismo llevaría a cabo en la península de Baja California (León Portilla, 1985).

El descubrimiento del Mar del Sur, no solo había incorporado una nueva extensión marítima a los objetivos americanos, sino que añadía otros horizontes a la ya de por sí vasta realidad americana, proyectándola definitivamente hacia Asia. Las noticias que llegaban de la existencia de reinos más al sur de los territorios desde los que se accedió a sus costas por Darién, donde las riquezas de sus gentes se reflejaban en la cantidad de oro que usaban para decorar sus cuerpos, se añadía como nuevo aliciente para proseguir una aventura de la que llegó a cuestionarse su rentabilidad<sup>2</sup>.

Del amplio frente que se abría hacia el Pacífico en lo que sería el virreinato de la Nueva España, un espacio concreto comenzaría a sobresalir al convertirse en pieza clave en la expansión hacia occidente que se iniciaba ahora; y como hemos señalado más arriba, las órdenes dadas por Cortés para construir barcos en las costas del Mar del Sur, demostraban a las claras las intenciones del extremeño por proseguir esa aventura ahora marítima, que le reportaría prestigio y dinero, posicionando este litoral respecto al resto de la costa (León Portilla, 1985: 79-111).

Dichas expediciones, se realizaron condicionadas por la premura en localizar a los naufragos de iniciativas anteriores, pero además muy determinadas por las características de un océano que se mostró complejo en dominar por el desconocimiento de su naturaleza. Ello afectaba al éxito de las campañas que partían de los puertos recién fundados en la costa pacífica de Nueva España. Fue una de estas la que dio con el Golfo de California y el extremo sur de la península que pronto se vio envuelta en la creencia de ser una isla habitada por mujeres situada hacia el poniente, tal y como la tradición literaria medie-

2 Solo el descubrimiento de las mimas del norte de México, con Zacatecas y San Luis de Potosí entre ellas, hizo replantear en un momento dado la política americana. A la postre, estos mismos descubrimientos llevaron a una expansión hacia el norte de la frontera novohispana, en la que de alguna forma se debe incluir la dinámica que llevó a la ocupación del noroeste del virreinato.

val castellana se había encargado de construir y la religiosidad prehispánica de apuntalar (Portillo y Díez de Solano, 1947). El mítico reino de la reina Calafia iba tomando cuerpo en un proceso en el que su misma representación cartográfica habla de una ambigüedad que rozaba la manipulación ideológica, pero que sin duda se vio aderezada por otros mitos como los de las Siete Ciudades de Cibola, Quivira o el Estrecho de Anián, cuestiones que en definitiva la insertaban dentro de la ubicación de los desconocido en el inhóspito norte (Sorroche, 2011a: 151-174).

Las Californias como región histórica pronto empezaron a tomar protagonismo tanto por la imposibilidad de situar un asentamiento estable en un lugar inicialmente considerado como inhóspito, y por su papel clave a partir de 1565 al funcionar como espacio para el necesario recalco de las embarcaciones que desde las islas Filipinas llegaban a sus costas antes de iniciar el descenso hacia el puerto de Acapulco, vertebrador del tráfico marítimo en estas latitudes de las costas americanas. Solo las presiones de otras potencias harán que cambié la iniciativa de la Corona hacia estas tierras y marquen su desarrollo histórico hasta el siglo XIX, explicando la desatención que tuvo durante gran parte del siglo XVII y la decisión de subrogar su ocupación en la iniciativa religiosa jesuita ante la falta de alicientes económicos garantizados a lo largo del siglo XVIII.

## LA ESTRUCTURACIÓN DEL TERRITORIO

La comentada visión del territorio californiano como una isla, determinó todo un proceso ontológico que no acabaría hasta principios del siglo XVIII cuando se corroboró de una forma definitiva su realidad territorial. Esta circunstancia condicionó poco a poco la percepción de un frente marítimo que se fue convirtiendo en una realidad cada vez más amplia a partir de la segunda mitad del Setecientos, cuando se inicia el proceso que definiría toda una franja que incorporaría los territorios litorales de la actual California estadounidense. De ahí que no sea hasta 1769 con la fundación de la misión de San Diego de Alcalá por Fray Junípero Serra, cuando de comienzo un proceso similar y continuador al desarrollado en el espacio bajacaliforniano, marcado por un clima menos adverso que el peninsular, aunque eso sí con una geografía litoral más abrupta y una idea más clara de su valor estratégico (Osante, 2012: 56-57).

Los métodos empleados en la exploración de las Californias, obviamente no fueron nuevos. Más aún, podríamos decir que obligaron a recuperar los iniciales mecanismos de expedición y ocupación del espacio que se desarrollaron en el contexto del Caribe desde 1492 y el inicio de las expediciones continentales, disponiendo puntos en la costa desde los que internarse hacia el interior, de tal manera que un enclave inicial servía de avanzadilla y referencia al siguiente<sup>3</sup>. De esta manera, podemos decir que las prácticas empleadas en la ocupación del territorio en América son el resultado de la confluencia de diversos factores en un objetivo claro, la expedición, conquista, control y explotación del territorio, donde las poblaciones que lo habitaban mostraban un diverso grado de evolución cultural y de aceptación ante los nuevos escenarios de relación que se definían<sup>4</sup>.

Para entender el proceso de estructuración del territorio californiano, no podemos perder de vista el regreso a la primera línea de las órdenes religiosas después del fallido intento por emplear la fuerza en el control de las poblaciones chichimecas del septentrión. La responsabilidad militar de dicho proceso de ocupación vio en ello una constante lucha contra el indígena (Powel, 1996). El cambio se produce a finales del siglo XVI y para los territorios del norte supuso la incorporación de los misioneros franciscanos y jesuitas a una dinámica en la que la persuasión tomaba el relevo a la fuerza (Osante, 2010:52-53). Los vínculos entre ambas órdenes explicaría en este caso ciertas semejanzas de los métodos empleados en la fundación de las misiones. Una circunstancia importante para entender cuales fueron las pautas de actuación de la Compañía, que se había visto relegada a territorios periféricos al incorporarse más tarde a la evangelización americana, ya que cuando se encontraban repartidos los ámbitos centrales de Nueva España entre las primeras órdenes, franciscanos, dominicos y agustinos, ella se incor-

3 La importancia por controlar la costa como entrada a las expediciones interiores se refleja en el hecho de que los primeros mapas que se realizan son de los perfiles del litoral. La primera imagen que se tiene de baja California es así, en concreto de la bahía de la Paz.

4 La realidad a la que nos referimos es la existencia de grupos con sistemas sociales basados en la caza-pesca y recolección, con una gran capacidad de movilidad por el territorio y organizados en pequeñas bandas que permitían el acceso a unos alimentos si no escasos si dispersos.

poraba al proceso. Estas circunstancias hicieron que los protagonistas de dicha ocupación fueran de nuevo encargados del adoctrinamiento y evangelización inicial, marcando un proceso de enfrentamiento con los componentes militares y civiles, reproduciendo conflictos similares a los acaecidos en otros ámbitos.

En cualquier caso, en las Californias el proceso de ocupación del espacio tuvo como protagonista inicial a la orden de los jesuitas. De alguna manera tomaron el mando de un proceso que los acontecimientos habían hecho que fuera descartado por la Corona española por la falta de expectativas económicas y ante la confianza de su lejanía respecto a los circuitos principales del comercio marítimo en el Atlántico, lo que junto a lo difícil de su geografía, facilitarían su defensa. De esta forma la orden de San Ignacio se hizo con el control de un proceso que acabarían haciendo suyo, asumiendo su financiación a través de la constitución del Fondo Piadoso de las Misiones (Río, 2003).

Los acontecimientos que se desarrollaron en 1767-8, obligaron a reorganizar sin mucho éxito el esquema misional jesuita mediante una provisoria ocupación franciscana, a la que sucedería la cesión a los dominicos de las fundaciones jesuitas. El encargo a éstos de cerrar el recorrido que llevaría a articular la mitad norte de la península con un conjunto de misiones claramente volcadas hacia el Pacífico entre San Fernando de Velicatá y San Diego de Alcalá (Meigs, 1994), era la confirmación de la necesaria estructuración de este espacio ante la constante presencia de potencias extranjeras por la región y ante las que había que mostrar la permanente presencia española. La programática desarrollada por los franciscanos en la Alta California buscaba culminar el anhelado itinerario que tuviera en comunicación a cada uno de los centros misionales, permitiendo en control de todo el litoral hasta más allá del Cabo Mendocino.

Una visión completa del proceso nos hace sumar a ellos las iniciativas militares que acompañaron a algunos de esos centros con la construcción de presidios y estructuras defensivas como fuertes, además de las fundaciones de reales de minas como los de San Antonio y San Ana en el sur, muestra de una realidad poliédrica compleja, donde lo religioso, lo militar y lo civil se estructuraban bajo el paraguas de la política internacional de la Corona española.

No obstante hay otros elementos a considerar para una comprensión íntegra del proceso de estructuración del territorio. Por ejemplo, el desco-

nocimiento de la realidad en la que se adentraban los religiosos hizo que los grupos indígenas con los que se pusieron en contacto jugaran un papel básico en sus desplazamientos por el interior de los ámbitos californianos y en la elección de los enclaves en los que fundarían las misiones, donde el peso de la tradición indígena, el simbolismo de los mismos y la presencia de agua fueron determinantes. En cualquier caso las diferencias son obvias, y aunque estamos hablando siempre del imaginario colectivo de los grupos indígenas plasmados en puntos concretos del paisaje, las diferencias entre la Baja y la Alta California son evidentes ya que en el primero de los casos debemos hablar de una penetración en toda regla por el interior de la península y en el caso de la Alta California, se debe considerar como una disposición puntual en la costa a partir de la localización de unas misiones que requirieron en cualquier caso de un componente militar para su defensa. Ello explica la presencia de los cuatro presidios del norte, San Diego, Santa Bárbara, San Carlos y San Francisco. Un aspecto que como veremos nos permite valorar su evolución desde las primeras misiones jesuitas, en las que se solventó con la insinuación en el diseño de los edificios de una función militar de sus estructuras a partir de la aparente artillería que decoró los remates de sus volúmenes y que es perceptible entre otros en edificios como los de San Francisco Javier Biaundó o Santa Gertrudis.

Junto a ello, y volviendo a un aspecto ya señalado, no podemos perder de vista la cada vez mayor importancia que va tomando como espacio estratégico en la proyección internacional del Pacífico, lo que haría que las presiones ejercidas por otras potencias europeas obligará a la Corona española a replantearse su presencia en la región. Si bien es cierto que desde el último cuarto del siglo XVI los ataques a los galeones provenientes de Manila generaron preocupación, la lejanía de las costas pacíficas de los centros de decisión, la dificultad para llegar a ellas y la misma naturaleza de su litoral, mucho más abrupto que el atlántico, hicieron dudar inicialmente de poner en marcha cualquier empresa efectiva y contundente de defensa.

## **CARACTERÍSTICAS DE LA OCUPACIÓN**

La misma dinámica histórica que se desarrolla en las Californias determina las características del proceso de ocupación de su territorio. Los acontecimientos que se produjeron entre 1683 y 1767 marcaron la primera fase,

con los jesuitas como protagonistas. La iniciativa de Francisco Eusebio Kino y Juan María Salvatierra, hará que en Baja California se aplique un proceso similar al empleado en la ocupación de la Tarahumara y la Pimería, las dos regiones de las que provenían sendos religiosos. La experiencia acumulada y las similitudes geográficas y poblacionales sobre todo con la Pimería, explicarán la traslación directa de algunas de las prácticas de explotación como la generalización de los sistemas de riego<sup>5</sup>.

Es un proceso que se desarrolla en la mitad sur de la península de Baja California, donde la estabilidad de las primeras misiones, dependiente de los avituallamientos de la contracosta del golfo de California, la distribución de las mismas por un espacio desconocido y la clara conciencia de la necesidad de controlar una costa del Pacífico donde aún no tenía el galeón un puerto estable y seguro en el que recalar, permiten comprender los elementos básicos de la organización diseñada. En cualquier caso, el proceso hará que el territorio en su integridad se vea salpicado de misiones que no dudarán en armar una articulación que pone en contacto las de la costa con las del interior y a estas con algunas de las visitas que desde las cabeceras funcionarán como avanzadilla, lo que explica que pronto se comenzaran a abrir caminos de comunicación entre ellas, base sobre la que se propondría la unión entre ellas armando lo que se denominaría como el Camino Real de las Misiones<sup>6</sup>. Las referencias de las fuentes, sobre todo los epistolarios que se generan desde los primeros instantes

5 La integridad de esta región se ve reflejada en la concepción de los contenidos de algunas obras. Sirva como referencia Río, I. del (2007) *El noroeste del México Colonial. Estudios históricos sobre Sonora, Sinaloa y Baja California*, México, UNAM.

6 «En todo este distrito están abiertos caminos a mano y a punta de barra. El uno, que atraviesa toda la misión, [va] desde el pueblo de San Miguel, visita de la misión de San Javier, hasta tres o cuatro leguas antes del pueblo de la misión de Santa Rosalía Mulegé, hecho dicho camino por los hijos de la misión de La Purísima, cuyo ramo sería de treinta y ocho a cuarenta leguas. Ítem otro camino real para la comunicación con las misiones del norte, que desde La Purísima hasta el arroyo de Los Ángeles de la misión de Guadalupe tendrá de largo diez y seis o diez y ocho leguas, trabajado de los mismos [indios de la misión]». «Una de Tantas misiones». Fragmento del Informe del Padre Nicolás Tamaral al padre visitador de las misiones de California [ca.1730]. AGN, Historia 21, f. 164-172v. En (2000) *Crónicas jesuitas de la antigua California*, México, UNAM, pág. 92.

del proceso, hacen ver el papel de las cabeceras y las visitas dependientes (Barco, 1988:5-6)<sup>7</sup>, la presencia del agua como factor determinante y la función político-militar de la misión al ser una célula fundamental en el control de un espacio en el que se muestra la clara intención de avanzar hacia el Pacífico buscando un lugar seguro en el que pudiera atracar el galeón de Manila<sup>8</sup>.

En esta primera etapa los esquemas estaban definidos por el régimen diseñado por los jesuitas, en parte dependientes del modelo franciscano y condicionado, como ya hemos señalado, por la negativa de la Corona española a apoyar una iniciativa que desde el siglo XVI no había dado los signos de rentabilidad necesarios<sup>9</sup>. Ello, unido a la lejanía de centros como México o Guadalajara llevó a emprender una acción en la que la autonomía de las decisiones por parte de la Compañía fue la pieza clave. Ello no impidió que la labor jesuita estuviera acompañada de una vertiente política, como elemento indispensable en el control territorial necesario en un ámbito tan periférico, lo que hacía de este espacio fronterizo un punto en el que se complementaron y suplementaron las funciones iniciales de los religiosos (Weber, 2000: 188).

La componente policiaca, si bien estaba presente desde un principio, se hizo más evidente y contundente conforme avanzaba el proceso. La faceta militar de la iniciativa llevó al menos a contar con dotaciones mínimas militares,

7 «Para el establecimiento de las cabeceras de las misiones se ha procurado siempre buscar la cercanía de manantiales permanentes y copiosos en cuanto ha sido posible hallarlos, para tener con su riego alguna siembra con qué mantener el pueblo que se establece en la misma cabecera [...]. Si el manantial es algo copioso y está en paraje que se pueda sacar el agua para el riego por medio de una presa que ataje el arroyo, y haga rebalsar y subir el agua, en tal caso se saca del arroyo y se benefician las tierras vecinas que hay...». Barco, M. del (1988) *Historia Natural y Crónica de la Antigua California*, México, UNAM, [1773-1780].

8 Las cartas que se generan entre los protagonistas de este proceso conforman un corpus de información ingente. Para tener una primera aproximación a las mismas y ver sus características, cfr. *Crónicas jesuíticas... Op. cit.*

9 Las expectativas puestas en las perlas y algunas riquezas mineras de la zona como la sal, no fueron a la postre suficientes, ni siquiera con la incorporación de la explotación pecuaria de la región. Con el paso del tiempo fue más la estratégica posición de la península que sus riquezas, lo que hizo cambiar de opinión a la Corona a la hora de decidir su intervención.

junto a estructuras sólidas como el presidio de Loreto, el único que se dispuso en la mitad sur de la península y que empezó a tomar protagonismo claro solo a partir de 1734 como consecuencia de las revueltas indígenas que se dieron en el sur. En ese sentido la componente defensiva se reduce a la misma iglesia que en su edificación conjuga los elementos necesarios para fusionar, como lo habían hecho los primeros conventos novohispanos, la idea de iglesia militante que no solo es avanzada, sino que también se debe defender. De ahí los elementos de carácter militar que las decoran, caso de las gárgolas que en lugares puntuales jalonan los edificios como hemos señalado. Apenas si las misiones como conjunto cuentan con más componentes que hablen de su defensa a excepción de su propia localización en el espacio, siendo esta característica militar la que aparezca de un modo más claro en las edificadas por dominicos y franciscanos ya en la vertiente pacífica del territorio. Así, la ubicación de algunas de ellas en el interior y relacionadas con misiones localizadas en el litoral establece una relación interesante que no puede ser gratuita. El vínculo entre Loreto-San Francisco Javier, Santa Rosalía Mulegé-San Ignacio o Los Dolores-San Luis Gonzaga explicaría esta idea.

A partir de la expulsión jesuita de los territorios españoles en 1767-8, si bien eran objetivos presentes desde el principio, lo cierto es que en la región de la Alta California, se aúnan de un modo más claro los intereses para conjugar las dos funciones con las que se establecen las misiones. Por un lado la de evangelización de las poblaciones y por otro la protección de unas tierras que ya estaban siendo pretendidas de una manera clara por unas potencias europeas a las que se sumaban desde la segunda mitad del siglo XVIII, Estados Unidos y Rusia.

En cualquier caso, la presión hizo que la corona española mostrara más interés por esta frontera novohispana, y optó por dar mayor fortaleza a la estructuración del territorio, proyectando la conformación del Camino Real de las Misiones, que sobre todo en el tramo septentrional que se iniciaba en San Fernando de Velicatá, fundada en 1769, buscaba evidenciar y constatar de una forma más efectiva el poder español.

A la fundación de unos centros misionales próximos a la costa y la dotación de componentes defensivos como pequeños fuertes para proteger a las poblaciones y custodiar los accesos al interior del territorio, se sumaban los presidios que por su estratégica posición se convertían en un elemento más del paisaje. De menos a más se fue imponiendo la claridad a la hora de exteriorizar los verdaderos intereses de la Corona española en estos territorios.

## LA MISIÓN COMO ELEMENTO ARTICULADOR DEL ESPACIO

Tomando como base la presencia de las tres órdenes religiosas, un análisis de su forma de entender la localización sobre el espacio de sus misiones permite comprender cual fue la evolución en la sistemática de ocupación del territorio. Por ello, y dado el protagonismo de las mismas en el proceso, al que debemos sumar el de militares, civiles y población indígena, tomar como referente su localización, permitirá entender cual fue la evolución del control del frente californiano considerado como un espacio geohistórico que no se puede supeditar a la separación artificial de las fronteras contemporáneas.

Si bien, como venimos viendo, no fue el único elemento que se debe considerar dentro del programa que se diseñó y aplicó desde finales del siglo XVII, si es cierto que recoge los elementos más característicos que lo definen. No obstante su única valoración llevaría a una falsa interpretación de los acontecimientos acaecidos y en cualquier caso, la misión se debe entender como la solución experimentada que mejor se podía adaptar a las características de los ámbitos en los que se desarrolla este proceso, al que se deben sumar el resto de actores.

Ya se ha señalado que las dos órdenes protagonistas de un modo sobresaliente en el control de los territorios que conformaban Las Californias, fueron los jesuitas y los franciscanos. A ellas se suma la presencia dominica en la región, cerrando el recorrido que comunicaría los ámbitos sur y norte de esta franja marítima. Esto hace de las dos primeras las definidoras del modelo de ocupación territorial, además de la metodología de contacto con las poblaciones indígenas, con las que se practica un adoctrinamiento y evangelización basado en el conocimiento de la lengua aborigen y la imagen<sup>10</sup>.

10 La incorporación de fieles al seno de la Iglesia Católica fue una obsesión de esta institución desde el siglo XVI a raíz de los acontecimientos reformistas. La revisión del organigrama católico tuvo respuesta en el Concilio de Trento (1545-1563), en el que se definieron dos de los pilares básicos para entender el proceso contrarreformista. Por un lado cobró una inusitada fuerza la defensa de las imágenes y su valor litúrgico y didáctico, cuestión que se reflejó en la sesión 23 del concilio y aspecto que realmente no era novedoso ya que se había tratado en concilios precedentes como el de Nicea (787) donde las cuestiones iconoclastas adquirirían su verdadera dimensión, alcanzando especial relevancia en el siglo

En ambos casos, se trata de dos órdenes que jugaron un papel fundamental en la conformación de los pilares de la iglesia medieval y moderna, a la postre básicas para entender los procesos de revisión que la institución conoció en el siglo XIII y en el siglo XVI, tiempos en los que el contacto con los infieles musulmanes y herejes protestantes requirió de una revisión de los modelos de propagación católicos.

En el caso de los franciscanos, las reformas del siglo XIII auspiciadas por San Francisco de Asís, dentro de las que afectaron a las órdenes mendicantes en la que también estaba inmersa la orden de Santo Domingo de Guzmán, dio pie a una reforma de las estructuras monacales que buscó la reducción y simplificación de los espacios contrarrestando la complejidad y opulencia a la que se había llegado en los últimos tiempos del románico. En ese sentido la definición del modelo de iglesia mendicante, trajo consigo la asimilación de un esquema en el que el espacio junto con las imágenes que lo complementaban se convertía en la base de una sistemática de adoctrinamiento en la que la aproximación a la población destinataria también cambiaba respecto a tiempos anteriores (Kubler, 1983).

Conocer antes de actuar se convertía en la base de un proceso que trajo consigo la recuperación de gran cantidad de elementos culturales propios de las poblaciones a evangelizar, transcribiendo en algunos casos componentes que no estaban codificados como es el caso de las lenguas, que llegaron a ser aprendidas antes de emplearlas como herramienta básica del adoctrinamiento, y en definitiva creando un modelo de actuación definido (Phillips, 1994)<sup>11</sup>.

Por lo que se refiere a los jesuitas, tras su aparición en la centuria de los cuarenta del siglo XVI, se convirtieron en la cabeza visible de un proceso de

---

XVI tras la hecatombe del Saco de Roma (1527). Por otro lado, del concilio trentino salió la herramienta encargada de garantizar la propagación y defensa de la fe frente a la herejía, la Compañía de Jesús, convirtiéndose en el medio más eficaz para llevar a cabo esta expansión y con la que el papel del arte adquiriría un renovado protagonismo.

11 El perfeccionamiento del sistema franciscano de evangelización que se trasladó a América a partir de 1524, con la llegada de los primeros seguidores de San Francisco hay que buscarlo en la experiencia acumulada en tierras centro asiáticas donde se evangelizaron a poblaciones siguiendo un modelo que posteriormente emplearían en los nuevos territorios.

evangelización masiva que supuso la aceptación de los principios contrarreformistas a partir de recursos como la definición de un modelo de iglesia que buscaba, sobre la base de los precedentes mendicantes, ajustarse a las exigencias católicas de culto a los pilares dogmáticos que habían sido atacados por los protestantes desde 1517. El propio carácter de la congregación, especialmente volcada en la fundación de colegios en los centros urbanos para instruir a los sectores más jóvenes de la población, muestra la importancia dada a la educación en la que entrarían a tener un especial interés las definiciones de las características arquitectónicas y plásticas, buscando conformar una unidad dentro de la más clara tendencia del barroco y donde los sentidos eran un elemento esencial sobre los que articular sus acciones. La creación de una imagen corporativa que identificara el nuevo período instaurado no era nuevo, pero sí la necesidad de la renovación del mismo respecto a sus fuentes medievales que se habían colapsado y venían siendo redefinidas en la propia iglesia desde el siglo XIII. En ese sentido, el papel que jugaron los jesuitas a partir de último cuarto del siglo XVII, hay que entenderlo dentro de la situación general con la que se encontraron los territorios de Nueva España cuando llegaron en 1572.

Como ya hemos apuntado más arriba, la fecha de 1767 marca un antes y un después en el proceso de ocupación de la costa californiana desde la mitad de la península hasta el extremo norte del espacio controlado en el entorno de la Bahía de San Francisco. La expulsión implicó una reorganización del proceso, tanto en el funcionamiento de la gestión de las misiones existentes, como un replanteamiento de los objetivos marcados por la Corona que ya hemos señalado, y que volvía a tomar las riendas del proceso ante las presiones que se venían sucediendo. En este sentido el Gobernador de Baja California, Gaspar de Portolá, el visitador José de Gálvez y Fray Junípero Serra, se convirtieron en elementos claves para entender esos cambios<sup>12</sup>.

12 Respecto a las figuras de estos tres personajes, suplen en el tiempo a las de los jesuitas que iniciaron este proceso, Francisco Eusebio Kino y Juan María Salvatierra. Para el caso de los citados, remitimos para una aproximación a la figura de Gaspar de Portolá a Rodríguez-Sala, M.<sup>a</sup> L. (2002) *Exploraciones en Baja y Alta California, 1769-1775. Escenarios y personajes*, Mexico, UNAM; para José de Galvez el capítulo dedicado dentro de la obra de Río, I. del (2007: 173-188) *El noroeste del México colonial...*; y finalmente para el

La inicial asunción por parte de los franciscanos de las misiones jesuitas, se vio alterada por la propuesta de Portolá y Galvéz de consolidar el territorio situado más arriba de la bahía de San Diego, y diseñar a partir de 1769 todo un organigrama en el que se incluía la propia fundación del puerto de San Blas que habría de surtir a la misma península como a los nuevos enclaves fundados en la que se conocería como Alta California.

Como señalábamos, a partir de esa fecha de 1769, con la fundación de san Fernando de Velicatá y de San Diego, se constata un cambio que se reflejará en una vuelco hacia el Pacífico de los criterios que llevaban a determinar la elección de los enclaves, próximos a la costa, controlando los accesos a los interiores serranos y dependientes de algún elemento militar que no se registra en las misiones jesuitas. Ello hacía que las misiones franciscanas presentaran en sus cabeceras un diseño de elementos dentro del modelo conventual, con iglesia y claustro como piezas básicas del organigrama, devolviendo protagonismo a los esquemas iniciales de la reforma benedictina que implicaron una reducción de los diseños románicos. Por ello encontraremos que las iglesias franciscanas de las misiones californianas tienden a ser de una sola nave con coro a los pies, sin capillas laterales y una cabecera que excepcionalmente se complica y monumentaliza como ocurre en la misión de San Juan Capistrano. De alguna manera se devolvía el protagonismo a la limpieza del espacio y a la fácil lectura de los elementos integrantes, sobresaliendo el altar mayor que a diferencia de los modelos jesuíticos, no contaba con cúpula en el transepto y brazos salientes que dieran una lectura clara a un esquema de cruz latina<sup>13</sup>.

Las intervenciones dominicas quedan en un segundo plano ya que las que se inician como tales apenas si llegan a la monumentalización de las jesuitas y franciscanas. Solo el acabado de las edificaciones de la Compañía existentes

---

caso de Fray Junípero Serra la obra clásica de Palou, F. (1970) *Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del venerable padre Fray Junípero Serra y de las misiones que fundó en la California Septentrional, y nuevos establecimientos de Monterey*, México, Porrúa.

13 Si bien es cierto que en el caso de las misiones californianas, los procesos de restauración sufridos a lo largo del siglo XX impiden una lectura clara de las fases constructivas de los conjuntos, la intención por alcanzar una integración de cada uno de los elementos nos permite entenderlos como el resultado de una recuperación rigurosa de los esquemas originales.

y las intervenciones que harán a primeros del siglo XIX como en San Borja, permiten comprender cuales fueron los esquemas seguidos por los mismos.

No obstante, los cambios en las misiones dominicas respecto a las jesuitas vienen dadas por la presencia de componentes defensivos separados de la edificación de la iglesia en sí, de ahí que sea un punto clave para entender la importancia que adquirirán dichos elementos militares. Una revisión a algunas de ellas permiten entender este planteamiento. En cuanto a la misión de San Miguel, la fisonomía de la misma llama la atención por integrar en el mismo proceso constructivo las funciones militares, religiosas y productivas, mostrando en cualquier caso la complejidad de los componentes que se hacían necesarios para garantizar la estabilidad del poblamiento (Nieser, 1998:190)<sup>14</sup>. Sin duda, los dominicos habían tomado de las jesuitas los esquemas complejos de funcionamiento de estos centros, destacando la presencia como una fortaleza de la misma misión y no ya exclusivamente de la iglesia.

En el caso de la misión de El Descanso, cuyo aparición y desarrollo está muy vinculado con la de San Miguel, contaba con los restos de los que se interpretó como un antiguo torreón o edificio militar (Meigs, 1994:197-198)<sup>15</sup>.

14 «Sales construyó la misión como una fortaleza: todo el recinto era una especie de cuadrado, con las paredes y las torres al norte y oeste, mientras que la iglesia y las habitaciones daban al este y al sur. Tenía un patio abierto de 50 metros de ancho y 60 de largo. La única entrada era un portón localizado en la esquina sureste del cuadrado, protegido por un cuartel. El camino del sureste desembocaba en el portón. Fuera de los muros, por el norte y el oeste, había un empinado terraplén y al pie estaba el canal de irrigación que daba vuelta de este a oeste. Al norte, como a 150 metros de distancia, podía verse el ancho del valle de San Miguel con el arroyo de Guadalupe. En el sur, las paredes empinadas del cañón llegaban a más de 200 metros. Al este, había unas terrazas que alcanzaban los 500 metros, excepto por los tajos hechos por el arroyo y sus tributarios. Al oeste del valle estaban los campos irrigados, además de dos kilómetros cuadrados de tierras de buenos pastizales hacia el este del mismo valle. En 1795 fue construido un granero de 20 metros de largo por 5 de ancho, distante cuatro leguas de la misión, en donde había buenas tierras para cultivar maíz. En 1796 existían tres graneros más, dos casas y un corral para ganado de unas 50 varas, esto es, 42 metros de largo, y en 1798, otras tres habitaciones y dos graneros».

15 «Otra ruina se encuentra en El Descanso al otro lado del valle, cerca de la cumbre de la ladera de cuarenta y cinco metros del lado sur del valle. Por su posición estratégica, cuya vista abarca todo el valle y que domina las vías de acceso desde el sur, así como por

En ocasiones no es el complemento militar sino la misma misión la que cuenta con una estructura lo suficientemente sólida como para pensar en que ella misma funcionaba como espacio defensivo. La misión de San Pedro Mártir puede ser un ejemplo si interpretamos así los gruesos muros de piedra y adobe que rodean la superficie de tierra adyacente al cuadrángulo de la propia misión (Meigs: 1994: 230).

## LA FUNCIÓN DE LA IMAGEN EN EL CONTROL DEL TERRITORIO

En este proceso de alteración de la realidad existente a la llegada de los contingentes europeos en los últimos años del siglo XVII, no podemos perder de vista la función de la imagen como componente indispensable para hacer efectivo ese cambio, ya que a través de ella se constata la alteración de orientación y las intenciones emanadas de su empleo en la evangelización y adoctrinamiento de las poblaciones indígenas. Una modificación del paisaje que altera sus valores rituales o los refuerza (Sorroche, 2011b: 119-139).

La lectura se ha de hacer desde tres niveles, territorial, arquitectónico y plástico, entendiendo por esta última la complementación de los interiores de los edificios a partir del empleo de pintura, arquitectura y artes suntuarias que ayudaban a crear el escenario adecuado para los fines establecidos de control.

En cualquier caso, no podemos perder de vista las mismas características de los grupos a los que se enfrentaron estos religiosos, es decir, pequeñas bandas, de gran movilidad por el territorio y con las que hubo que diseñar un sistema de reducción y control de aquellos.

La presencia de la iglesia, al igual que había ocurrido en otros ámbitos, conllevó una relectura de los esquemas existentes. Junto a ella, el agua permitió reforzar ese papel de centralidad que había tenido hasta ese momento, ya que sin duda su presencia venía a reafirmar la importancia de determinados

---

sus lineamientos, esta estructura parece haber sido un fuerte o cuartel. Esto concuerda con la tradición del valle. Una pared de cimiento de piedra delinea un patio de unos 33 por 37 metros. Dentro del patio, cerca de la esquina norte pero sin formar parte del muro principal, están las tenues líneas de un edificio de unos 10 metros cuadrados, de cimientos macizos de adobe, subdividido en dos cuartos por lo menos».

ámbitos en el subconsciente de las poblaciones indígenas, aprovechando el poder de atracción que ya tenían (Sorroche, 2011c: 1367-1376). La mole de la iglesia, se convirtió en un referente permanente que se localizaba en un espacio anterior de fuerte significación y que fue indicado a los religiosos para el emplazamiento del centro misional, siguiendo unas pautas metódicas desarrolladas en otros ámbitos mesoamericanos<sup>16</sup>.

Sin duda alguna el papel de la imagen ya había sido considerado por otras órdenes religiosas. Sin embargo los jesuitas la integraron desde la perspectiva barroca y como arma para atraer al iletrado, por su capacidad de asimilación a través del sentido menos selectivo, el de la vista. De ahí que cuando se valora la edificación principal de una misión se ha de hacer desde esa integridad que incluye tanto los bienes muebles que se localizan en su interior, como el contexto territorial que la envuelve al producirse igualmente una alteración en el paisaje, al ser centro de una unidad de explotación, básica para la permanencia de las fundaciones.

No pasan desapercibidos en ese sentido los paisajes de huerta características de las misiones bajacalifornianas y con las que debieron contar las norteamericanas, en las que el mismo papel del agua se convierte en pieza fundamental de una organización del trabajo y en la que no faltan elementos singulares caso de los trapiches como ocurre en San José de Comondú y donde no podemos obviar tampoco las infraestructuras hidráulicas como las presas y las acequias encargadas de almacenar y distribuir el agua<sup>17</sup>. En conjunto una reordenación de la naturaleza que implicaba un cambio del paisaje y de la organización del paisanaje, lo que no obstante, no acabaría por alterar algunas de

16 Es interesante reseñar la necesidad de la información a la hora de decidir el punto de fundación. Cortés en México tuvo que recurrir a los mexicas para que le indicaran el mejor lugar para la fundación del convento de San Francisco, una vez se había decidido la construcción de la catedral en el contexto del gran centro ceremonial de México-Tenochtitlan.

17 Cfr. Sorroche Cuerva, M. Á. «Las misiones jesuíticas de Baja California (México). Un modelo territorial y arquitectónico (1697-1767)», en *Actas del XVIII Congreso del Comité Español de Historia del Arte. Mirando a Clío. El arte español, espejo de su historia*, págs. 1624-1638.

las pautas de comportamiento indígenas y a las que hubo que adaptarse para alcanzar unos resultados más positivos.

En ese sentido, la plástica arquitectónica, pictórica y escultórica, se debe contemplar desde su procedencia y base conceptual, pero además como consecuencia de las circunstancias a las que nos enfrentamos. Los ciclos pictóricos del interior de las misiones, como los conjuntos de retablos que las enriquecen internamente, forman parte de esta importancia dada a la imagen.

Incluso la necesidad de un enriquecimiento en sus formas hace entender lo atractivas que fueron las piezas que llegaron a través del galeón de Manila. Un importante número de objetos provenientes de oriente y que por el intercambio promovido en el recaló que hacía la embarcación en la península, permitieron dotar los ajuares misionales de piezas originales y plásticamente más ricas que aquellas con las que contaban<sup>18</sup>.

Un recorrido por alguno de los ejemplos más destacados que podemos encontrar en Baja California nos pueden ayudar a comprender este punto, aunque solamente sea deteniéndonos en los valores plásticos de sus fachadas<sup>19</sup>. Lejos de pensar que se trataba de edificios vacíos sin pretensiones, son construcciones en las que el objetivo era el adoctrinamiento a través de la imagen (Ricard, 2004: 264-281). Los dos casos más destacados que nos han llegado,

18 «Demás de esto, se embarca vivo tanto número de ganado mayor y menor, vacas y carneros, cuanto el general o comandante del navío pide por lista que remite al padre como también alguna porción de maíz (que también suelen pedir), hortaliza, gallinas y otras menudencias, pero estimables en una navegación. Si el comandante pide, o se insinúa por unas cabras para tomar leche en la navegación, o por unas vacas con sus becerrillos para lo mismo, luego el padre las manda embarcar. Y lo mismo se entienda dicho de cuanto se halla en aquella tierra [...]; y en correspondencia de ella envía el general (así llaman al comandante en aquel navío), algún regalo de ropa de algodón, alguna seda para la iglesia, y platos de china con sus tazas...». Barco, M. del. (1988) *Historia Natural y crónica de la Antigua California*, México, UNAM, pág. 247.

19 Dejamos para otro trabajo los núcleos misionales de la Alta California al encontrarse alterados respecto a sus concepciones originales debido a las innumerables intervenciones a las que se han visto sometidos. No obstante ello no excluye una valoración positiva respecto al importante conjunto patrimonial que atesoran con piezas de indudable valor y calidad.

las iglesias de las misiones de san Francisco Javier y san Ignacio ofrecen un repertorio plástico conformado por esculturas y pinturas en los que los dogmas de la iglesia como institución, se convierten en protagonistas de los programas, aspecto este que dejamos para otro estudio más pormenorizado.

Desde el punto de vista externo, las fachadas de ambas, junto con los accesos laterales, presentan los programas decorativos más ambiciosos, en algunos casos reproduciendo conceptos esquemáticos como el de retablos, que en cualquier caso forman parte de los procesos de acabado que conocieron algunas de estas iglesias tras la expulsión de 1767-1768, donde la participación fundamental de los dominicos se delata en sus símbolos.

Con sus dos alturas, tres calles y la entrecalle central que flaquea el acceso y la ventana que ilumina internamente el coro, la fachada de San Ignacio se erige en una composición donde las pilastras se convierten en las protagonistas que ordenan regularmente el rectángulo del hastial. La iconografía que la complementa plasma en una serie de elementos la nueva situación ante la que se encuentran las misiones, tras una primera fase de alejamiento respecto a la Corona. El escudo dominico sobre la entrada principal revela la orden que finalizó la edificación comenzada por los jesuitas. Dispuesto en una zona central, sobre la clave del arco mixtilíneo rematado en un par de volutas que cierra el acceso de los pies y que apoya sobre una reinterpretación de sendas pilastras jónicas, sirve como nexos con el entablamento del primer nivel con decoración de rombos y sostenido por pilastras toscanas, donde las huellas de una reinterpretación de modelos clásicos queda en las gotas que en grupos de cinco cuelgan del mismo.

A un lado y otro del acceso, el escudo real borbónico y los símbolos imperiales del Plus Ultra con las columnas y el globo terráqueo coronado, no sólo hablan de la contemporaneidad de la colaboración real sino de los símbolos de un pasado glorioso durante el que se gestó la presencia española en América y la península. Completan este primer nivel sendas ventanas circulares en las que la solución decorativa de la moldura exterior que recorre la rosca del hueco y su interrupción por medio de una pareja de capiteles jónicos, muestra la constante reinterpretación de los componentes clásicos.

El piso superior, que repite el esquema del inferior, modifica la decoración del doble entablamento que lo cierra y se ordena entorno al paño central abierto con una ventana rectangular decorada con estrellas en todo el recorrido de su frente. Medias columnas dóricas sobre peanas voladas sostienen un

entablamiento derivado de los esquemas toscanos con sus metopas y triglifos. Rematan en su extremo inferior y el centro de la ventana, un triángulo o pirámide invertida con bola, recuerdo de los complementos escurialenses típicos de finales del siglo XVI en la arquitectura española y que se extendieron a los esquemas del barroco más clásico en el XVII. En los paños extremos, ventanas circulares donde la rosca se ofrece decorada con elementos estrellados y cuatro rectángulos definiendo un esquema cruciforme, completan un conjunto que solo en sus elementos figurados rompe con el esquematismo y geometrización hasta ahora descritos. En las entrecalles, aparecen cuatro hornacinas con peana que repite la forma referida en el piso superior, de pirámide invertida con bola en el extremo. Las cuatro figuras responden a las imágenes de San Pedro y San Pablo en el piso inferior y Santo Domingo de Guzmán y San Francisco de Asís en el superior (Meyer, 2008: 63-82).

Complementada con las entradas, la de San Francisco Javier concentra su decoración en torno a los accesos y los vanos, donde portadas y ventanas se integran en un programa decorativo en el que lo arquitectónico, lo simbólico y lo geométrico, se integran en una unidad perfectamente lograda (Meyer, 2008: 44-62). De menor complejidad que la de San Ignacio, ofrece otro modelo decorativo.

En todas ellas, las torres de los campanarios dotan de una elegante asimetría a las fachadas de los pies, que en los casos de Santa Rosalía de Mulegé y de Todos Santos, se altera al disponer en el lateral tanto la torre como la espadaña, rompiendo el esquema anterior.

## CONCLUSIONES

Posiblemente algunas de las representaciones que nos han llegado realizadas por el padre Ignacio Tirsch puedan servir para hacernos una idea de cómo debía ser la imagen de estos núcleos. En ellas se pueden identificar bajo la interpretación del jesuita, los componentes esenciales de los núcleos de este modelo de poblamiento. Por un lado las edificaciones principales, distinguidas de las secundarias en volumen y materiales constructivos que localizadas en el borde de la tierra cultivable, las preside ante el entramado de canales que permiten su cultivo. El paisanaje para una fecha como mediados del siglo XVIII empieza a ser diverso en estas misiones donde ya aparecen de un modo claro y definido componentes como el oriental en algunos de los personajes

retratados. Y sin duda alguna, el galeón de Manila, que aparece en el fondo de algunas de esas estampas, no es más que la constatación de la relación de estas tierras con una dinámica comercial que tanta trascendencia tendría y que en definitiva enriquecería a una ya variada Nueva España.

No cabe la menor duda que la comprensión del papel que jugaron las Californias pasa por un reconocimiento íntegro del territorio y como éste se fue estructurando en su poblamiento conforme avanzaba el siglo XVIII y los intereses de la Corona española y las circunstancias externas al proceso iban haciéndose notar. Una dinámica que deja aún interrogantes como la verdadera relación de las misiones entre sí y de la organización interna de las mismas. Sirva este texto para abrir esas líneas de investigación.

## BIBLIOGRAFÍA

- Barco, M. del (1988) *Historia Natural y crónica de la Antigua California*. México, UNAM.
- Kubler, G. (1983) *Arquitectura mexicana del siglo XVI*, México, FCE.
- León-Portilla, M. (1985) *Hernán Cortés y la Mar del Sur*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica / Instituto de Cooperación Iberoamericana.
- Meigs III, P. (1994) *La frontera misional dominica en Baja California*, México, SEP / UABC.
- Meyer de Stinglhamber, B. (2008) *Iglesias de la Antigua California. Fachadas y retablos del siglo XVIII*, México, INAH.
- Nieser, A. B. (1998) *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*, Mexicali, UABC.
- Osante, P. (2010) «El septentrión novohispano: una secular colonización hispana», en Bernabéu Albert, S. (coord.), *Poblar la Inmensidad: sociedades, conflictividad y representación en los márgenes del Imperio Hispánico (Siglos XV-XIX)*, Barcelona, Ediciones Rubeo.
- Palou, F. (1970) *Relación histórica de la vida y apostólicas taras del venerable padre Fray Junípero Serra y de las misiones que fundó en la California Septentrional, y nuevos establecimientos de Monterey*, México, Porrúa.
- Phillips, J.R.S. (1994) *La expansión medieval de Europa*. [1988], México, FCE.
- Portillo y Díez de Solano, Á. de (1947) *Descubrimientos y exploraciones en las costas de California*, Madrid, Escuela de Estudios Hispano-Americanos.
- Powell, P. W. (1996) *La guerra chichimeca (1550-1600)*. [1975], México, FCE.

- Ricard, R. (2004) *La conquista espiritual de México*, México, FCE.
- Río, I. del (ed.) (2000) *Crónicas jesuíticas de la Antigua California*, México, UNAM.
- (2003) *El régimen jesuítico de la Antigua California*, México, UNAM.
- (2007) *El noroeste del México Colonial. Estudios históricos sobre Sonora, Sinaloa y Baja California*, México, UNAM.
- Rodríguez-Sala, M.<sup>a</sup> L. (2002) *Exploraciones en Baja y Alta California, 1769-1775. Escenarios y personajes*, México, UNAM.
- Sorroche Cuerva, M. Á. (2011a) «Tradición indígena y leyenda medieval: la representación gráfica de lugares fantásticos», en Rodríguez Moya, I.; Minguéz, V. *Arte en los confines del Imperio*, Castellón de la Plana, Universitat Jaume I, págs. 151-174.
- (2011b) «El paisaje cultural como patrimonio en Baja California», *Millars. Espai i Història*, n.º 34, págs. 119-139.
- (2011c) «Agua y territorio: infraestructuras hidráulicas en las misiones de Baja California (México)», en Huerta, S.; Gil Crespo, I.; García, S. Taín, M. (eds.), *Actas del VII Congreso Nacional de Historia de la Construcción*. Santiago de Compostela, 26-29 de octubre de 2011, Madrid, Instituto Juan de Herrera, págs. 1367-1376.
- (2012) «Las misiones jesuíticas de Baja California (México). Un modelo territorial y arquitectónico (1697-1767)», en *Actas del XVIII Congreso del Comité Español de Historia del Arte. Mirando a Clío. El arte español, espejo de su historia*, págs. 1624-1638.
- Weber, D. J. (2000) «La idea de la Spanish Borderlands», en Barnabéu Albert, Salvador (ed.) *El septentrion novohispano: Ecohistoria, sociedades e imágenes de frontera*, Madrid, CSIC.